

Dios permite al demonio el tentarnos y probarnos para aumentar nuestros méritos, purificar y encumbrar nuestras virtudes y acelerar nuestra marcha hacia El.

Describe así Taulero, en una página poética y valiente, las ventajas de la tentación y el modo de vencerla:

“Al ser acosado vivamente el ciervo por los perros a través de los bosques y montañas, su gran ardor despierta en él una sed mucho más intensa que en cualquier otro animal. Como el ciervo por los perros, así el principiante en los caminos de la caridad es acosado por la tentación. Apenas se ha alejado del mundo, se siente particularmente perseguido con gran persistencia por estos siete vigorosos mastines dotados de gran agilidad... Cuanto más apremiante y fuerte es el acoso, mayor debe ser nuestra sed de Dios y el ardor de nuestro deseo. Sucede con frecuencia que uno de los mastines da caza al ciervo y le embiste a dentelladas por el vientre. Entonces, al no poder el pobre ciervo desprenderse del perro, lo arrastra consigo junto a un árbol y con tal violencia le golpea contra él, que le quiebra la cabeza, y de este modo se libra de su enemigo... He aquí todo lo que debe hacer el hombre. Cuando no pueda dominar los mastines de sus tentaciones, debe recurrir con toda celeridad junto al árbol de la Cruz y de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, golpear contra él al perro acosador, su tentación, y aplastarle la cabeza. Esto equivale a decir que en la Cruz triunfa el alma y se libra completamente de toda tentación“(Sermones de Taulero, lunes antes del Domingo de Ramos, traducción francesa del P. Hugueny, tomo I, pág. 258).